

# ECO DE ORIENTE

Trisemanario - Sale los martes, jueves y domingos

Número suelto . . . . \$ 0,02  
Atrasado . . . . . 0,03  
Serie de 10 Nros. . . . 0,20  
Suscripción anual . . . 1,50  
id por trimestre . . . 0,50

Director, Ls. M. M. DIERES MONPLAISIR

Administrador, Raúl Velásquez R.

Administración:

Imprenta San José

Dirección Telegráfica:

• ECORIENTE

AÑO IV |

Villavicencio, Mayo 4 de 1919—Número 309

[ SERIE 4

## Conversaciones de mi vereda

*Adaptables a las de aquí.*

Cuatro pedazos de *guafa* del Ariporo, clavadas a conveniente distancia en el piso de la sala; seis u ocho pares de cañas bravas, de las mejores que se crían en la vereda, y dos tabloncillos que alguno de mis antepasados labró a *puro machete* cuando aún no se habían inventado en Casanare los zunchos de barril para aserrar... son las partes más esenciales de la *mesa* que me sirve de modesto escritorio.

Y ¡palabra! no hubiera comenzado con la descripción de este elemento principal de mi mobiliario, si su especial estructura no se prestara a los caprichos infantiles de una vieja gallina, la cual, pisoteando las más elementales reglas que impone la decencia, habíase alzado sobre la mesa y con pueril coquetismo, impropio de su edad, alargaba y encogía pausadamente el pescuezo, como diciendo: ¡pido la palabra! No consentí que tal hiciera; y acercándome enojado, con el bordón en la mano, para castigar su osadía... no vi más la gallina, pero sí un papelito que sobre la mesa habían doblado en diez o doce pliegues y, finalmente, bien pegado con *goma* de topocho verde.

Leí la carta, pues a mí es-

taba dirigida; pregunté quién la había traído y nadie supo responderme; pedí noticias de un tal *don Andalecio* que era el firmante de la carta y por poco no acaban de hacerme comprender que el *don Andalecio* no es otro que el hermano de mi comadre Indalecia; ¡Válgame Dios! ¡Cómo se pierde la memoria cuando se llega a cierta edad!

Lo más curioso del caso es que no bien hubieran pasado unos minutos desde que la gallina me hizo ver el papelito, cuando aparece en la puerta de mi *posada* el mismo *don Andalecio* en persona, preguntándome si había recibido su carta.

—En este momento, le contesté yo, ¿puedo servirle en alguna cosa?

—Es que, diré a usted D. Lino: la carta no la escribí yo...

—Por supuesto. Ya sé que no manejas la pluma tan bien como el machete. Supuse, apenas vi la letra, que la había escrito tu muchacho, el mayor, el que estuvo en la casa de los Padres.

—Nada D. Lino; la escribí aquel *guate* que bajó a comprar café... el que le vendió a usted aquellas píldoras, que resultó que eran frijoles con una capita de azúcar.

—¡Pues no recuerdo!...

—Le llamaban por mal nombre *el Cangarejo*.

—Ah! tienes razón. Ahora recuerdo que se la pasaba, según decían en el pueblo, pescando *guanache* en las orillas del *Cangarejo*. Ahora me lo explico todo.

—Después de haberle mandado a usted la carta he dicho: seguro que se enfada D. Lino cuando lea esta carta.

—Pero, en resumen: veamos qué dice la carta, que aún no la he leído.

—Sr. Don Lino Cachay.—El Guamal— Sabrá usted que he recibido la orden para que lleve el diezmo a casa de don Polidoro. Siento demasiado decirle que yo no pago el diezmo a los curas. A mí me gusta la religión pero no me gusta dar diezmo a los curas. Por lo demás, siempre a la orden. Afírmelo, servidor, Andalecio Peres."

Está bien; yo no me enfado por esto. No hice sino cumplir una orden superior avisando a todos los vecinos de la vereda; y en esto creí hacer una obra buena....

—Es usted muy bueno, D. Lino.

No todos dicen eso; pero en fin... Empleé la palabra *diezmo* porque así se usa y así se ha dicho siempre; pero bien sabes que no es otra cosa que una pequeña contribución, una insignificante ayuda para el sostenimiento del culto y de las iglesias. Con esa pequeña contribución que tú dabas otros años tan